

Biografías para  
niñas y niños

# Estate, Juana



LUIS AGUILAR

# *Estate, Juana*



*LUIS AGUILAR*

Biografías para  
niñas y niños

# CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



SECRETARÍA DE CULTURA

**Alejandra Frausto Guerrero**

*Secretaria de Cultura*



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS  
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

**Felipe Arturo Ávila Espinosa**

*Director General*

# *Estate, Juana*



*LUIS AGUILAR*

MÉXICO 2020

Ediciones en formato electrónico:  
Primera edición, INEHRM, 2020.

D. R. © Luis Aguilar Martínez

D. R. © Rodrigo Oscar Rivera Meneses, ilustración de portada

D. R. © Bruno González, ilustraciones de pp. 6-7, 15, 19, 23, 27 y 30

D. R. © Jorge Sánchez, ilustración de p. 13

D. R. © Goni, ilustraciones de pp. 24-25

D. R. © Miguel Cabrera, MNH.INAH.Secretaría de Cultura, p. 28

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos  
de las Revoluciones de México (INEHRM),

Francisco I. Madero núm. 1, Colonia San Ángel, C. P. 01000,

Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.

[www.inehrm.gob.mx](http://www.inehrm.gob.mx)

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

ISBN: 978-607-549-142-4

HECHO EN MÉXICO.

-Estate quieta, Juana.

Estoy segura de que esa fue la frase que más escuché desde mi infancia. Todos dijeron siempre que era yo muy inquieta. Y en la época que me tocó vivir, peor si eras mujer. Nací en Nepantla, cerquitita de los volcanes del Estado de México, el 12 de noviembre de 1648, cuando la luz eléctrica ni en sueños existía.

Pero aun en la oscuridad, he visto siempre al mundo como un enorme salón de clase donde todo se puede aprender, donde todo es una lección. En el monte, en la casa, en la cocina, en cada sitio hay algo de conocimiento esperando que unos ojos, impacientes como los míos, lo miren y lo vuelvan ideas, palabras.

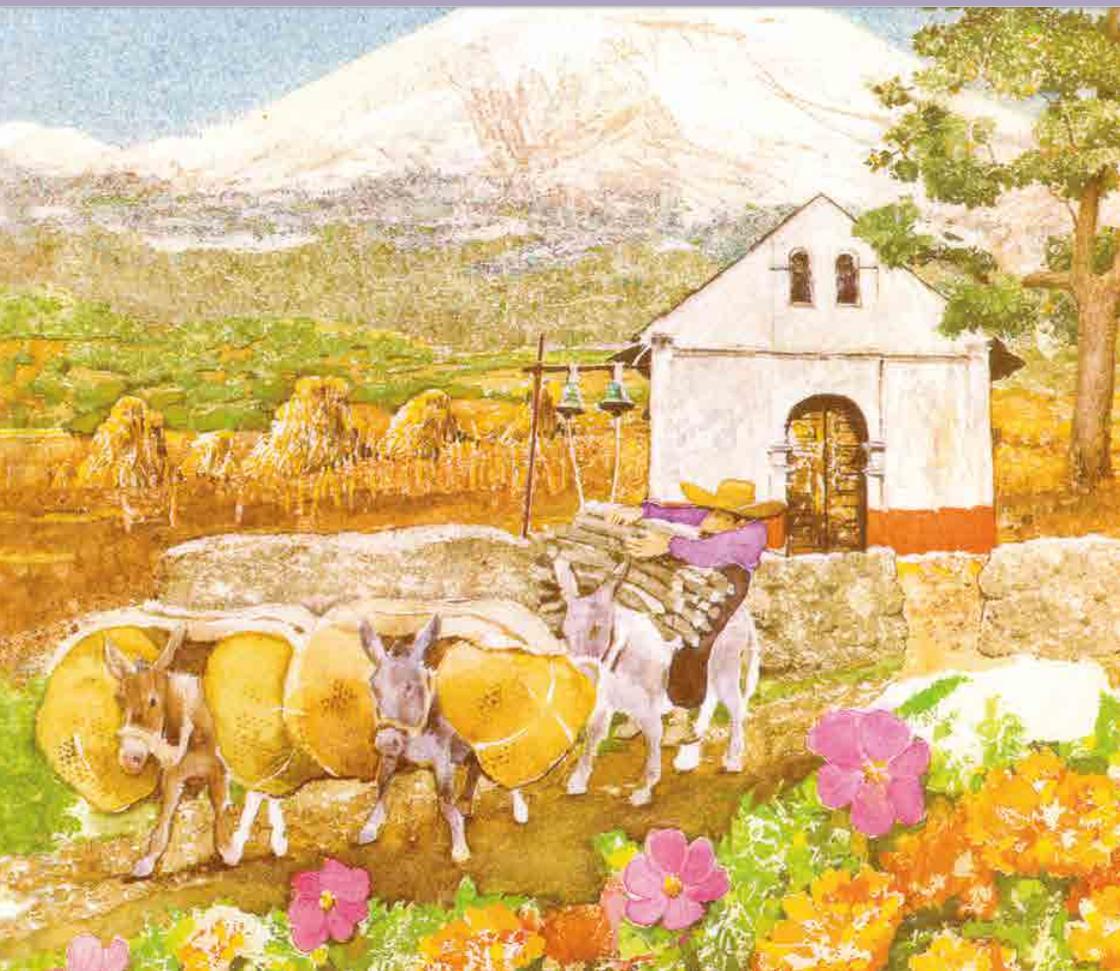
Por eso fui tan inquieta, porque me gustaba siempre andar por todos lados para ver qué de nuevo

podía aprender de aquí y allá, y ni hablar de lo preguntona que era: por qué esto, por qué lo otro, hasta que, claro, se cansaban de mí y me decían “Estate quieta, Juana”.

Mi casa era grande, muy bonita. Tuve la suerte de ser nieta de Pedro Ramírez de Santillana y Beatriz Rendón, los papás de mi mamá, quienes vinieron de España, de un lugar llamado Sanlú-



car. Y como nos tocó vivir la época en que España se hacía cargo de lo que tú conoces ahora como México —que en ese entonces se llamaba Nueva España— y los reyes daban facilidades a los señores para venir y hacer negocios acá, pues viajaron hasta estas tierras y pudieron comprar la hacienda grande de Panoaya, donde yo crecí, y que estaba por ese entonces en territorios de Nepantla.



Pues por mucho que desde entonces me lo dijeran, ya ves que no hice caso y no me estuve nunca quieta. A los tres años andaba corriendo por todas las habitaciones de la hacienda y me gustaba esconderme tras las cortinas de manta bordada.

Una tarde, enredada entre aquellos cortinajes de la sala de libros, escuché a la maestra de María, mi hermana mayor, decir cosas sobre unos barcos de Grecia que invadirían Troya. Al tiempo que escuchaba imaginé lo que mi abuelo tanto me contaba del mar: sus olas, su movimiento y los miles de barcos llenos de soldados que la maestra decía. Mi correría se detuvo de golpe.

¿Qué misterios escondía la historia que allí estaban contando? Me emocionó por completo lo que oí, y me fui asomando muy lentamente para que nadie me descubriera, porque yo no tenía permiso de estar en ese lugar. Entonces pude ver que aquello que escuché lo leían de un libro grande, de pastas de piel con pintura dorada. Imitando a los tlacuaches que esperaban quietos a las gallinas del corral, esperé sin hacer ningún ruido, enredada tras una de las cortinas. Y ahí me estuve, quieta,

muy quieta por una vez en la vida, esperando a que los demás se fueran.

Aunque las velas de la sala ya estaban humeantes y apagadas, y se esparcía por la habitación el aroma de la cera, me acerqué y abrí ese libro grande que dejó la maestra sobre la mesa pequeña. Como un enorme cofre de oro y joyas finas, las palabras brillaron fascinantes sobre mi rostro. Quería saber, y pronto, qué decían esas figuras como plumas de pavorreal enlazadas unas con otras.

Salí corriendo para pedirle... no; pedirle no: rogarle a mi abuelo, a mi mamá y hasta a los criados —quienes me vieron con cara de loca— que me enseñaran a leer, que me dejaran tomar clases con esa maestra que le enseñaba tantas cosas a mi hermana María.

—Estate quieta, Juana— me dijeron todos, pero ya saben ustedes: no me “estuve”.

Molí tanto, le di tanta lata a todos y a todas horas que, al final, mi abuelo —que era bueno como el pan de yema que hacía la mulata que nos cuidaba— aceptó.

—Ándale pues, te dejamos ir a clase con María, pero no vayas a molestar a nadie ni tienes permitido decir nada.

Ya les conté que en aquella época no era lo mismo que ahora. Por entonces a las mujeres no se nos permitía aprender muchas cosas. La educación que podíamos recibir era en la casa de alguna señora cercana a la familia, a la que se le conocía popularmente como *Amiga*. Las clases eran para pocas niñas y se nos enseñaba algo de aritmética, costura y a leer y escribir.

Pero yo quería saber de los griegos y sus barcos y batallas, de lo que había en el cielo, de las historias y los descubrimientos, de lugares lejanos; quería saber muchas más cosas.

La maestra de María era buena y nos leía cosas muy interesantes, pero cada tanto paraba e insistía sobre las lecciones de cómo tomar el vestido al levantarnos o para dónde había que mover el abanico cuando hacía calor; los modos de andar o hablar.

Al final aceptó enseñarme las letras, yo creo, porque también la machaqué hasta el cansancio;

pero en apenas dos meses yo estaba ya leyendo solita. Medio lento todavía, pero ya solita.

Pronto mi curiosidad por aprender hizo que la maestra comenzara a ponerme más atención a mí que a mi hermana y eso molestó a María, así que un día le pidió al abuelo que ya no me dejara entrar a sus lecciones. Me regañaron y castigaron y mamá me prohibió volver adonde la maestra. Pero eso no me entristeció tanto porque ya sabía leer.

Esa noche, a escondidas, tomé un libro de la biblioteca. Era un volumen de Platón. Y cuando todos estaban ya en sus habitaciones, con las velas apagadas y roncando el último o primero sueño, no sé, encendí un pabilo al lado de mi ropero labrado y comencé a leer.

¡No sé cómo hay gente que dice que la magia no existe! Esa noche, en mi lectura, vi claritas las imágenes de Grecia, de Sócrates hablando, con su túnica blanquísima y sus barbas de sabio, diciéndome cosas maravillosas sobre la belleza, la vida, la razón.

Toda mi habitación —a pesar de los ronquidos de la nana— se volvió espacio de aquellas voces

reveladoras; a la luz de la vela llegó el sol y esa mañana sentí que el conocimiento había dejado en mí algo que era para siempre; una cicatriz como cuando te pinchas la piel con la espina del nopal.

Empezaba la primavera de 1656 y yo no había parado de leer desde que aprendí. Tampoco, ya lo saben, me había estado quieta. Les voy a contar que en esa época tenía un sueño: entrar a la Universidad, para poder dedicar mi vida a pensar, leer y escribir. Pero sólo los hombres podían hacerlo, por lo que le dije a mi mamá que, si me disfrazaba de hombre, yo también podría ser universitaria. Ya se imaginarán lo que me contestó: que estaba loca, que eso era imposible. A pesar de ese desengaño, ahí descubrí mi verdadera vocación, a la que no renunciaría, ya vería yo cómo le hacía.

Salía con la nana a caminar al jardín. Ella me hacía preguntas sobre cosas de la religión mientras paseábamos y yo respondía lo que sabía, pero también con ideas de los griegos y los latinos, con fragmentos de poemas de Góngora u otros escritores españoles que me tenían loca todos ellos y a quienes yo ya había leído y releído con pasión:



de Juana Inés de Asbaje y Ramírez de Santillana, a los 15 años de su edad, q<sup>o</sup> habiendo entrado en la Corte del Viceroy de Toledo, Marqués de Mancera; fue puesta a prueba su prodigiosa inteligencia, sustentando un examen ante el Rey, el qual aprobó con tanta gloria, que se le permitió enseñar en su dila. lengua. Año de 1684.

Varia imaginación que, en mil intentos,  
A pesar gastas de tu triste dueño  
La dulce munición del blando sueño,  
Alimentando vanos pensamientos<sup>1</sup>

Y la pobre nana, paciente, sólo se persignaba mirando al cielo, pidiendo más paciencia para no terminar ahorcándome. Volvíamos al casco de la hacienda cantando villancicos. Un día, cuando llegamos, todo estaba en silencio y supe que algo andaba mal. Esa tarde murió mi abuelo.

Les contaré algo que quiero que se quede entre nosotros. Nada me ha entristecido tanto como la muerte de mi abuelito, quien siempre fue mi mejor amigo, me entendía muy bien; le daba alas a mi imaginación y a mis inquietudes. Y aunque me daba mucha tristeza perderlo, al saber que me había heredado su biblioteca gigante no podía dejar de sonreír. Les juro que nunca he sido mala persona, pero entre lágrima y lágrima por su muerte, se me escapaba una sonrisa de felicidad. Ahí supe que uno puede sentir muchas cosas al mismo tiempo.

<sup>1</sup> Fragmento de Góngora, 1654.

Sin haber llegado todavía a la adolescencia ya había leído casi toda la biblioteca del abuelo y hasta otras cosillas que de vez en cuando me traían de España o de la capital.

Mi mamá soñaba con que perteneciera yo a la corte del virrey, y esa idea me gustó, sobre todo porque eso podía significar que, en el palacio, en la ciudad, hubiese libros nuevos que descubrir. Entonces no sólo accedí, sino que insistí. Y ya saben cómo soy cuando algo se me mete a la cabeza. Pero el asunto no era cosa fácil.



La esposa del virrey tenía unas damas de compañía que se ocupaban de atender cualquier conversación, respetuosamente, con los modos y costumbres de la época, que eran mucho más cuidados que hoy. Y yo, si bien sabía algo de muchas cosas, a veces no me comportaba muy bien que digamos.

Como había muchas muchachas que también querían ser damas de la virreina, llegado el momento tuve que entrevistarme con el virrey y la virreina. No es por presumir, pero parece que les caí muy bien y hasta los impresioné. Quedaron encantados por lo que sabía, por lo que platicaba, por ser atenta y hasta simpática. Me aceptaron y entré a formar parte de la corte. Estando ahí, un día el virrey me dijo que me quería hacer un examen, para saber si mis conocimientos eran naturales o había algo de sobrenatural en lo que yo sabía. Se juntaron varios señores que sabían mucho, junto con sacerdotes, gente de la casa del virrey y me pusieron en medio de un salón muy grande. Para esa ocasión mamá mandó traer un vestido verde como las esmeraldas, con listones del color de la plata de las reales minas de Zacatecas. Y pues claro

que me puse muy nerviosa. Yo nunca había tenido que demostrar cuánto sabía y menos responder preguntas de gente que, casi seguro, sabía más que yo. Pero al final les gané. Les demostré que podía discutir, al tú por tú con todos ellos, sobre cosas profundas de arte, literatura, filosofía y ciencia.

¿Se acuerdan de eso que me pasó al leer por primera vez a Platón? Pues en el examen me ocurrió casi lo mismo. Cuando respondía lo que me preguntaban se me borraba el salón y sus candiles, y los bigotes y lentes de los señores que estaban ahí: yo sólo me concentraba en encontrar, en los enredijos de mi cerebro, la respuesta a sus preguntas. Y aparecían los números bailando, los sonetos de Góngora, los blancos y enormes edificios de la Grecia antigua, sus filósofos e historiadores, dioses y titanes, ayudándome todos juntos a responder.

Fueron tiempos muy felices para mí. Cómo no iban a serlo, si estaba rodeada de gente que sabía conversar y tenía acceso a nuevos y muchos libros; y de vez en cuando me compartían algunos de sus conocimientos.

La virreina me quería mucho y pronto fui una de sus damas consentidas. Pienso que sobre todo porque yo no me quedaba callada, preguntaba sin miedo y decía sin miramientos aquello que me parecía mal.

Usando el favor de su preferencia, pronto me atreví a pedir que me dieran permiso de leer libros que estaban reservados a los hombres. ¡Claro que todos se escandalizaron de mi petición! Desde luego. Pero ya me conocen un poquito: yo no iba a quitar el dedo del renglón.

A veces, a solas, cuando pensaba en mi madre, yo solita me decía: “Estate quieta, Juana”. Pero luego me acordaba de mi abuelo diciéndome que yo podía llegar tan lejos como quisiera, que había que aprender siempre, y eso me daba ánimo para insistir.

Pues con supervisión, como debía ser entonces, pero me dieron permiso de leer algunos de esos libros que estaban en la biblioteca de los señores. Parece increíble para aquellos tiempos, pero pude conseguirlo. Y es que había libros que a las mujeres nos estaban por completo prohibidos. Ya les dije que eran otros tiempos.

En la calle, por ejemplo, no había pavimento como hoy, los coches eran carretas y carrozas tiradas por caballos y había distinciones de castas, un principio que no nos dejaba ser a todos iguales.



Para lavarnos las manos había que llenar vasijas de cerámica y el jabón era hecho de yerbas. Ni pensar en comprar cosas en tiendas, como todo lo que ustedes compran ahora. Todo era distinto y las mujeres no teníamos derecho a casi nada, ni hablábamos, ni se nos permitía opinar. Y los sanitarios... bueno, eso mejor no se los cuento.

Pero de todas las cosas que eran distintas en ese entonces, y que eran muchas, ninguna me causaba tanta molestia como el que a las mujeres no nos permitieran ir a la Universidad.

La Universidad —pensaba yo—, ese espacio tan maravilloso, lleno de gente que sabía tantas cosas y querían enseñar y de tantos otros que querían aprender; un espacio enorme lleno de libros traídos de quién sabe qué otros rincones del mundo, no debía ser un lugar prohibido para las mujeres.

No me voy a poner a discutir ni los voy a aburrir con mis ideas sobre por qué eso estaba mal y no debería volver a pasar en ningún lado. Me concentraré en contarles cómo, animada por mi triunfo ante la “biblioteca de varones” de la casa del virrey, comencé a fraguar en mi cabeza un

plan para, ya que no podía ir a la Universidad y aprender lo que los hombres sí podían, poner en práctica otra estrategia, pero desde la mirada de las mujeres.

Lo primero que tenía que hacer era prepararme y saber mucho más de lo que ya sabía, pero eso era, modestia aparte, bastante fácil. Porque sin ánimo de presumir, de todas las damas de la virreina yo era quien más había leído. Y sabía leer y escribir en latín y hasta algo de griego. Entonces, con el alma inquieta, como la había tenido siempre, me puse a planear lo que haría para cumplir con mi verdadera vocación, vivir para los libros. No me llamaba la atención el matrimonio ni la vida normal de las mujeres de mis tiempos. Así que empecé a pensar que tal vez no estaría mal ser monja, así como lo oyen.

Por aquellas fechas había empezado a hacer mis primeros ejercicios de escritura: poemas, cartas, canciones. Había ido descubriendo que otra forma de aprender era plasmar en papel los pensamientos, los sentimientos.

En el ejercicio de escribir descubrí que no se trataba de demostrar cuánto se sabe, sino encontrar

la posibilidad de un diálogo con una misma y esclarecer ideas, llegar a lo más hondo del pensamiento y de lo que una siente.

Para 1668, yo, como la mayoría de las chicas de mi época, tuve que decidir qué quería hacer con mi futuro. Yo ya sabía qué buscaba; lo supe desde los ocho años cuando leí el libro que robé de la biblioteca de mi abuelo ¿se acuerdan?: yo quería saber, dejar de ignorar.

Pero había dos escasas cosas a las que nos tenían destinadas a las mujeres: casarnos o ser monjas.

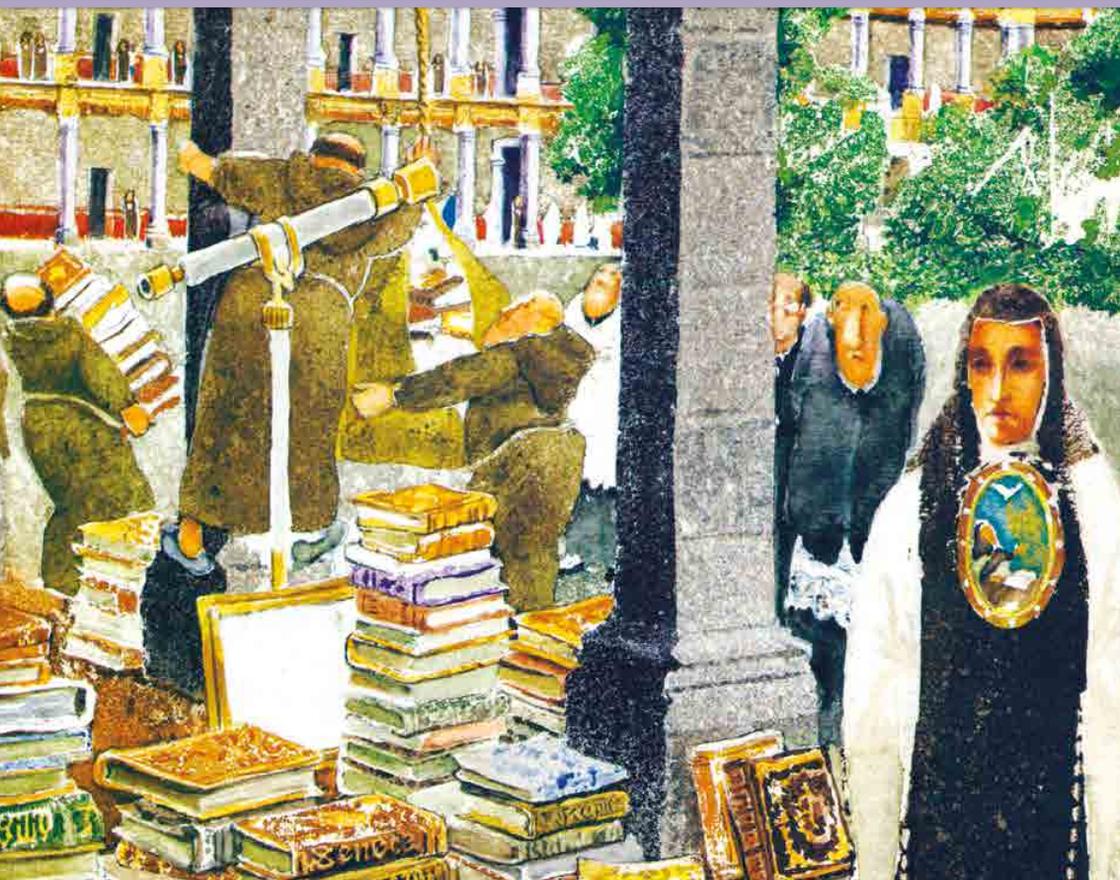
Casarme significaba cumplir tareas que, aunque no me eran ajenas, consideraba yo que me apartaban bastante del verdadero y único placer que en la vida yo tenía: leer y escribir. O sea, aprender.

Puesta a escoger entre un lugar silencioso en el que podría estarme todo el tiempo al lado de mis libros y ejercitar la tarea de entrenar el pensamiento, o cuidar del orden de una casa, ya fácilmente adivinan cuál escogí. ¿Ustedes qué habrían hecho?

Los que me conocían pensaron que aquella decisión estaba bien. Que a ver si así, de una vez por todas, Juana Inés se estaba quieta, recluida en un

convento. Pero si hay algo que parece que no va a cambiar nunca, es porque no va a cambiar nunca. Por más que una quiera.

Desde el primer día en el convento de las monjas jerónimas dicen que fui un dolor de cabeza para la madre superiora y para mis hermanas que, aunque me tenían paciencia y cariño, se desesperaban igual que antes mi nana, mi abuelo y mamá, porque estaba todo el tiempo molestando con aprender o enseñar.







Mi afán por aprender no tenía límites y reté más de una vez la norma establecida. Pero no es que fuera una rebelde sin causa, sino que me parecía injusto que los hombres pudieran acaparar el saber. Y contra ello puse mi empeño.

Seguí escribiendo poemas, sonetos, lirás y villancicos. Y aunque mis escritos complacían a monjas y obispos casi siempre, muchas veces me reprendieron por escribir y decir cosas que no eran apropiadas para una mujer. ¡Menos para una monja!

Mientras mis hermanas del convento cocinaban, y como a mí eso de los trastos y masas no me llamaba tanto la atención, aunque lo hacía, la madre superiora me dejaba salir al jardín para pensar. Escribí mucho en esos años. Mis textos eran leídos, mis villancicos y obras de teatro se representaban. Empecé a ser reconocida como escritora, me visitaban muchas personas importantes en mi celda: virreyes, virreinas,

arzobispos, obispos, visitantes ilustres. Fui una mujer famosa y reconocida, no sólo en Nueva España, sino también en Europa e Hispanoamérica. Fui muy feliz porque había cumplido mi sueño. Pero lo que yo hacía no dejaba de ser mal visto por algunas autoridades que tenían una visión muy tradicional de lo que debían hacer las mujeres, incluidas las monjas. Fue así que, pasados muchos años, sostuve una polémica con el obispo de Puebla sobre asuntos en los que me parecía que no sólo estaba bastante equivocado, sino que cometía serios atropellos a la razón. Defendí el derecho de las mujeres al conocimiento. Pero, otra vez, yo era solamente una monja y no me tenían para aquello.

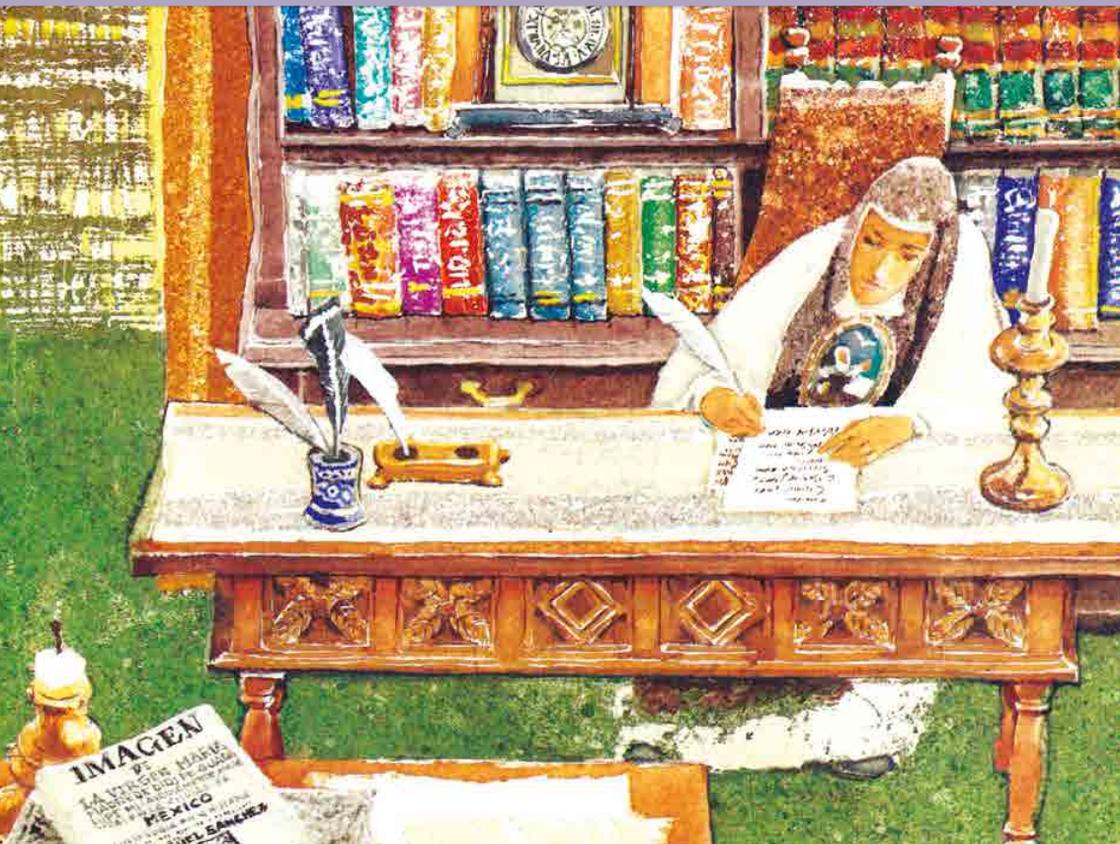
Así que, temeraria, comencé a escribir una carta, quizá la más famosa de todo lo que dejé escrito. Claro: hablo de la *Respuesta a Sor Filotea*, que bien pueden ustedes encontrar y leer si les interesa.

Pues en aquel convento viví, quizá, los mejores años de mi vida, siempre bajo el abrigo de los virreyes. Tuve muchos privilegios que otras hermanas no tenían: la posibilidad de recibir visitas al

convento para discusiones literarias y, por supuesto, el acceso a muchos libros.

¡Ah, por cierto!, en aquellas discusiones literarias conocí al señor Sigüenza y Góngora quien, no sin sonrojo, se declaró admirador de mis sonetos barrocos, y a quien yo le confesé también mi profunda admiración por lo que él escribía.

Cuando una mujer como yo escribe, tiene la esperanza de que alguien más la lea; y en esos tiempos era muy difícil no sólo porque en general la





gente no leía —cosa que se parece mucho a estos tiempos de ustedes ¿verdad?—, sino porque para nosotras las mujeres era difícil llegar al interés de las imprentas. Cualquier cosa que escribiera una mujer era desdeñada.

No sé bien cómo le hice ni por qué tuve tanta suerte. El caso es que, desde mi infancia en la hacienda, allá en Nepantla, en la casa del virrey o en el convento de las jerónimas, donde me quedé el resto de mi vida, siempre tuve libros y personas con las cuales discutir y de los cuales aprender. Y eso, para mí, fue la felicidad.

Pero les confieso algo: me asombra todavía que esa suerte, combinada con un poquito de inquietud de mi parte, no solamente propició para esta humilde monja, de nombre Juana Inés de la Cruz, muchas horas de felicidad, sino que también abrió camino a un sinfín de mujeres que, aunque a paso lento, pero con firmeza, han ido escribiendo la historia de las mujeres de este país. Ahora ustedes pueden ver mujeres que son médicas, profesoras, ingenieras, científicas, historiadoras, ministras, presidentas de países. Mujeres que, en resumen,

son lo que quieren ser. Y esa era una de mis más grandes inquietudes.

Pues luego de la corte y los conventos, yo anduve, como sabrán, correteando todavía muchos años más por las habitaciones del convento. Y devoré muchos libros más, y me escondí tras las cortinas, y pensé muchas cosas y todavía escribí mucho de lo que pensaba.

Pero en 1695, un 17 de abril para ser exacta, una enfermedad llamada tifus trajo hasta mí la muerte.

Con todo y eso, y aun pasando un siglo y otro, he visto que las cosas que escribía encuentran aho-



ra más y más lectores y eso siempre da gusto. Desde acá desde donde ahora estoy, por ejemplo, no saben la alegría que me dio ver que, en 1879, una de mis obras fue traducida al alemán por el poeta suizo Edmund Dorer: ¡Mis escritos en otro idioma! ¡Con lo que a mí me gustaba saber de los idiomas y los países!

Y la misma felicidad sentí del muy concienzudo ensayo que escribió sobre mí su compatriota Octavio Paz; o de que mujeres mexicanas, como Margo Glantz y Sara Poot, se hayan interesado tanto en mis trabajos.

Y ya ven que, de tan inquieta que siempre he sido, ni cuando la muerte me dijo “Estate, Juana” le hice caso:

¿Por qué creen? ¡Que ni eso me detiene todavía!  
Pues ya ven: contándoles yo a ustedes aquí ando de mi vida; y estudiosos y estudiantes, caminando, encuentran nuevas cosas en las cosas que escribía.



## IDENTIFICACIÓN DE IMÁGENES

Páginas 6-7, 15, 19, 23, 27 y 30, ilustraciones de Bruno González, *Sor Juana Inés de la Cruz*, México, INEHRM, 1992.

Página 13, Jorge Sánchez, *Sor Juana Inés de la Cruz a los 15 años* (detalle), óleo sobre tela. Colección Bodegas del Molino, Puebla, Pue. (Colección particular). Imagen tomada del libro: Sor Juana Inés de la Cruz, *Carta de Serafina de Cristo 1691*, edición facsimilar, Toluca, Gobierno del Estado de México, Instituto Mexiquense de Cultura, 1996.

Páginas 24-25, Goni, Juana de Asbaje, 13.8 x 15.2 cm, grabado. Archivo Gráfico de El Nacional, Fondo Gráfico, INEHRM.

Página 28, Miguel Cabrera, Retrato de *Sor Juana Inés de la Cruz*, óleo sobre tela, siglo XVIII, Museo Nacional de Historia. INAH. Secretaría de Cultura.





## Estate, Juana

fue editado por el

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS  
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO.

Se terminó en la Ciudad de México en abril de 2020,  
durante la pandemia COVID-19, en cuarentena,  
a 325 años de la muerte de Sor Juana Inés de la Cruz.

-**E**state quieta, Juana.  
Estoy segura de que esa fue la frase que más escuché desde mi infancia. Todos dijeron siempre que era yo muy inquieta. Y en la época que me tocó vivir, peor si eras mujer.

\*\*\*

A los tres años, Juana ya sabía leer y a los siete pedía que la enviaran a estudiar a la Universidad. Sor Juana leyó mucho durante toda su vida, tanto autores clásicos romanos y griegos, como españoles.

Decidió entrar al convento ante la negativa que sentía por el matrimonio y esperando así seguir con sus estudios y la escritura. Dentro de su espaciosa celda llegó a tener una biblioteca de más de cuatro mil volúmenes; instrumentos musicales, mapas y aparatos de medición. Tuvo conocimientos en astronomía, matemáticas, lengua, filosofía, mitología, historia, teología, música, pintura y cocina; esta última fue una de sus disciplinas favoritas.

Durante mucho tiempo, Sor Juana disfrutó de la independencia intelectual que le permitía la vida conventual, hasta que escribió una carta en la que criticaba el sermón de un influyente teólogo jesuita de la época. Esta crítica tuvo consecuencias muy duras para ella y fue obligada a deshacerse de su biblioteca, sus instrumentos musicales y matemáticos, y a dedicarse exclusivamente a las tareas del convento, como cualquier otra religiosa.

Sor Juana murió el 17 de abril de 1695, contagiada de la epidemia de tifoidea que azotó al convento de San Jerónimo, en la Ciudad de México.



**CULTURA**  
SECRETARÍA DE CULTURA

